



REVISTA TIPO-LITOGRAFICA DE EDUCACION Y RECREO

DIRIGIDA POR

D. CARLOS LUIS DE CUENCA.

La correspondencia se dirigirá al Editor, NICOLAS GONZALEZ, Silva, 12, Madrid

D. FERNANDO EL CATOLICO

D. Fernando V, hijo de D. Juan II de Aragon, nació en 1452, y casó á los 17 años con Isabel I de Castilla, uniéndose á consecuencia de este matrimonio las dos coronas de Castilla y Aragon; y en su reinado se consiguió, por vez primera en nuestra patria, la *unidad*, pudiendo llamárseles ya *reyes de España*. Mucho se distinguió Fernando en las batallas, teniendo la gloria de acabar con la dominación árabe en España, terminando la heroica jornada que empezó en Covadonga D. Pe-



layo; grandes fueron sus dotes de gobierno y especiales condiciones reunía de hábil diplomático; pero todas las glorias de su reinado fueron compartidas con su esposa, la gran Isabel I, figura tan gigante en nuestra historia, que á su lado todo parece pequeño. Unido, pues, á ella D. Fernando, y debiéndola la inspiración de sus empresas y el eficazísimo apoyo que con inmejorable acierto prestaba aquella gran reina á todos los asuntos del difícil gobierno de sus dominios, reformaron ambos monarcas el reino que habían recibido en el más lamen-

D. Fernando el Católico.

table estado, con sábias leyes, prudente y digna energía é incansable constancia. Cabe á D. Fernando tambien su parte de gloria en el descubrimiento del Nuevo Mundo, hecho por el gran Colon en nombre de Aragon y de Castilla. Conquistó en 1504 el reino de Nápoles y en 1512 la Navarra, y despues de la muerte de Isabel I gobernó el reino por la incapacidad de la reina Doña Juana (la Loca) y muerte de D. Felipe el Hermoso. Murió D. Fernando en 1516, y su nombre figura justamente en la historia entre los príncipes que han sobresalido por sus grandes hechos, habiendo tenido la fortuna de lograr uno de los más prósperos y fecundos reinados que en nuestra patria se recuerdan.

EL MADERO BENDITO.

Fragmentos histórico-morales para afirmar la fe de
LOS NIÑOS.

I.

¡Quién lo dijera, sábios escribas y fariseos, ver hoy transformado y convertido en objeto de la más sagrada veneración y culto, aquello que generaciones enteras repudiaron hasta nuestros días como signo indigno, abominable y del mayor baldon y oprobio! He ahí una frase que bien puede ponerse en labios de cualquier gentil ó impío en los primeros albores del cristianismo. Y en efecto; para ellos que señalaban con la venida ó reaparición de los falsos tiempos mitológicos; la idolatría era su baluarte; las mentidas deidades ocupan las gradas de su corazón, y elevaban escépticos al trono de la augusta majestad divina los dioses más inmundos que concebiera la humana fé. ¡Desgraciados! Su loco orgullo no les dejaba comprender que existía una potestad más grande que la efímera suya; su horrible ceguera no les permitía ver más allá,

ni penetraba la enferma razón de sus pasiones el pasajero goce de los vicios y corrupción en que se hallaban sumergidos.

No acontecía lo mismo con los que, exentos de tales debilidades y ajenos completamente á la ambición y soberbias del mundo, descubrían en la austeridad de su ejemplar vida la aproximación infalible de un horizonte más puro y de una luz más viva y esplendorosa que corría hacia cuatro siglos á metamorfosear la faz de la tierra. Ese horizonte era la dichosamente realizada venida de Jesucristo Hijo del Padre Eterno, segunda persona de la Trinidad Beatísima, y la luz que su futura gloria en celestiales anuncios derramara, se reflejaba en el alma de los justos y creyentes varones, que ya en secreto adoraban el augusto misterio de la Santísima Cruz. Este es, queridos discípulos míos, el madero bendito cuya sublime grandexa me he propuesto esta tarde pasáros á explicar. Prestadme atención, que estoy seguro os agradecerá.

II.

Vamos á ver si Adolfo Gillida sabe decirnos qué significa este cuadro que tenemos delante, (señalándole con un puntero). — Este cuadro, según V. nos ha explicado (las inscripciones son francas), representa los pabellones ó banderas nacionales de los principales países del globo. — Exactamente; y por ellos os fuera fácil decir á qué reino pertenece cada uno, ó también, por las divisas de una embarcación engalanada con tan vistosos colores, reconocer en cualquier puerto la nacionalidad de su procedencia, ¿no es cierto?

— Sí, señor. — Bien.

(Se continuará)

VICENTE CIMENO BURGHEZ.

EL PODER DE LA VERDAD

Abd-el-Kader de Persia nos demuestra lo que puede conseguirse amando la verdad, en el relato sencillo de un hecho de su niñez. Después de contar un sueño que había tenido, y que le decidió á rogar á su madre que le permitiese trasladarse á Bagdad para consagrarse á Dios; dice así:

La referí todo lo que había visto en mi sueño, y mi madre lloraba: después sacó de un cofre ochenta dineros, y me dijo que la mitad de aquella suma era mi herencia y la otra mitad de mi hermano; me dió mi parte, haciéndome jurar que nunca diría una mentira; después se despidió de mí exclamando:

—Ve, hijo mío, y conságrate á Dios; ya no nos veremos hasta el día del juicio.

Mi viaje fué feliz hasta la proximidad de Hamadan, donde nuestra caravana fué asaltada por sesenta hombres de á caballo. Uno de los saltadores me preguntó qué poseía: «Cuarenta dineros, le contesté, cosidos en el interior de mis ropas.» El hombre se echó á reír, pensando sin duda que yo me burlaba de él. Otro de la partida volvió á interrogarme, y le di la misma respuesta. Cuando estaban repartiendo el botín fui llamado por el jefe que se encontraba en la cima de una colina.

—Rapazuelo, me preguntó, y tú ¿qué llevas?

—Ya he dicho á dos de los hombres de tu partida, repliqué, que tengo cuarenta dineros perfectamente ocultos en mis vestidos.

Me hizo registrar, y me encontraron el dinero.

—¿Y como es, me dijo sorprendido, que has declarado tan abiertamente lo que estaba tan oculto?

—Porque no he querido faltar á mi madre, á la cual he prometido que nunca diré una mentira.

—Niño, dijo el ladrón, en tus cortos años tienen para tí más fuerza tus deberes para con tu madre que en mi edad mis deberes para con Dios. Dáme tu mano, criatura inocente, y sobre ella juraré mi arrepentimiento.

Lo hizo así, y sus compañeros, enterneidos con esta escena, le dijeron:

—Tú has sido nuestro guía en el crimen,

y deseamos que lo seas también en la virtud.

El jefe dió orden de restituir el botín, y así se ejecutó.

No olvideis nunca este cuento, amados niños; detestad la mentira, compadece al embustero, y que nunca pronuncien vuestros labios más que la verdad pura y sencilla.

CUENTOS MORALES ALEMANES

EL NIÑO MENDIGO

Continuación (1).

Ya era la hora de ir á la escuela, y antes de marcharse cuidó de tener un rato abierta la ventana para que se ventilase el cuarto. Después que volvió de la escuela, se acordó que había leído que á los niños les hace falta respirar el aire libre, cogió á su hermano, y se fué con él, abrigándole lo que pudo, hasta un arrabal, en el que había un establo con vacas. Se acercó á descansar en un banco de piedra, á tiempo que pasaba la dueña de las vacas, y viendo aquel pobre niño tan estenuado, le preguntó á su hermano qué es lo que tenía que estaba tan amarillo.

—Lo que tiene mi pobre hermano, señora, es hambre, porque desde que mi madre murió no ha vuelto á probar la leche; y entonces el pobre Enrique contó su historia á la buena mujer, que movida á compasión llenó una tacita de leche recién ordeñada, y se la dió á beber al niño.

—¿Qué feliz sería yo, dijo Enrique, si á costa de mi trabajo pudiera proporcionar á este ángel una taza de leche diaria?

—Sí podrás, dijo la mujer, si te avienes á limpiar todos los días muy temprano el establo, porque justamente despedimos ayer por holgazan al que lo hacía.

—Con mucho gusto, señora; yo me levantaré muy temprano todos los días, y antes que sea hora de ir á la escuela, vendré á limpiar todo lo que me mandeis; pero lo que me aflige es no poder mudar la cama á este inocente, que tiene la paja de su jergoncito infestada, y creo que esto no le dejará ponerse bien.

Diciendo esto se llegó un caballero, y viendo á aquel niño, le dijo que estaba en

(1) Véase la pág. 85.

muy mala situación, y que sólo el aire de un establo podía hacerle volver á recobrar las fuerzas; pero el pobre Enrique, con lágrimas en los ojos, le significó su estado de pobreza y lo imposible que le era hacer ningún remedio, con lo que la dueña de la casa se enterneció, y le dijo que ella le pondría una camita en el mismo establo, y que le daría tres tazas de leche al día; pero que era preciso que él reemplazase al criado que había despedido por holgazan.

Enrique lloraba de alegría y reconocimiento, pero manifestó á la buena mujer que teniendo que ir á la escuela madrugaría mucho, y haría todo lo necesario antes de marcharse.

¡Con qué brio trabajaba, y qué contento estaba de haber proporcionado al niño su bienestar! Cuando fué á su casa su padre estaba dormido, y él contó en voz baja á sus hermanos el feliz acontecimiento, encargando mucho á Juana y Elisa que fue-



El niño mendigo.

ran alguna vez á ver á su hermano cuando se retirasen de mendigar.

Cuando su padre se levantó Enrique le contó lo ocurrido, y lo único que dijo es que iría á dar las gracias á la dueña del establo.

A Enrique le contrariaba cada vez más el tener que mendigar, y decía á sus hermanos:

—¿No podríamos ganar estos miserables cuartos, que por fuerza nos exige nuestro padre, trabajando? ¿No ha dicho Enrique Pestalozzi *orad y trabajad*? Me ocurre una

idea: se acerca Navidad; ¿no podías tú, Juana, vestir algunas muñecas é ir á venderlas de puerta en puerta?

—Pero yo no tengo ni un solo pedazo de tela, dijo Juana.

—Le pediré á nuestro vecino de los recortes que hace, añadió Enrique, y tampoco nos negará una aguja y un poco de hilo.

—¿Pero yo para qué quiero hacer muñecas, si todo el dinero que saque de ellas tengo que dárselo á padre?

—Bueno, dijo Elisa; yo, puesto que tengo los ojos malos y nada puedo hacer, iré á

mendigar todo el día, y lo que recoja lo repartiré con Juana para dárselo á padre.

El muchacho se fué á ver al vecino, que además de ser sastre de los obreros hacía también vestidos á señoras. Enrique le había hecho algunos mandados ó subido algunos cántaros de agua.

(Se continuará.)

EL NIDO

En la edad de la inocencia, que todos bendicen tanto, brotan del alma del niño también los instintos malos, y como su pensamiento, apenas desarrollado, no es bastante á detenerlos ni siquiera á examinarlos,



El nido.

el egoísmo en los niños domina en tan alto grado que por lograr un deseo ni ven el ajeno daño. La educación, si es prudente, al niño va mejorando cuanto más le hace se fije su pensamiento en sus actos, y por diferentes medios puede llegar á lograrlo, y ahí va, para ejemplo, un cuento que creo que viene al caso.

Siendo Blasito pequeño se fué su familia al campo, que el campo para los niños es lo mejor y más sano, y una tarde que á paseo salieron y le llevaron, vieron sus ojos un nido entre las ramas de un árbol: ansioso de verle cerca, porque el árbol no era alto, hizo Blasillo al momento que le cogieran en brazos; y en efecto su niñera

cumplió el deseo en el acto,
y vió Blás tan cerca el nido
que llegaba con la mano.
Al ver acercarse al niño
los padres de aquellos pájaros,
huyeron hacia otra rama,
y tristes allí piando
miraban á sus hijuelos
en el nido abandonados

—¡Yo quiero llevarme el nido!
dijo en seguida el muchacho,
y lo dijo treinta veces,
las treinta veces gritando.
La niñera que sabía
que era Blás tan obstinado,
que para lograr su antojo
armaría el gran escándalo,
cogiendo bonitamente
aquel nido codiciado,
le dió á Blás, quien al cogerle
gozóse por ello tanto,
que como suele decirse
iba más ancho que largo.
Enteróse su buen padre
de lo del nido, y buscando
un medio de corregir
su egoísmo refinado,
dispuso con un amigo
darle por la noche un chasco.
En efecto; en esa hora,
en que al buscar el descanso,
son los niños más felices
de su madre en el regazo,
presentándose el sugeto
empezó luego gritando:

—¡Yo quiero llevarme al niño!!
Sí, señor, quiero y lo hago,
y si alguno se opusiere
á mis deseos, ¡le parto!
Huyeron de allí sus padres
fingiendo el mayor espanto,
y Blás, llorando y muriéndose
de miedo, quedó en el cuarto.
—«Esto no debe estrañarte,
dijo el amigo, unos pájaros
te gustaron, espantaste
á sus padres, y en el acto
te apoderaste del nido.
Pues esto es lo que yo hago,
ya no verás á tus padres,
eres mio, y yo... te guardo.»

.....
.....
Después de fervientes súplicas,
tras de raudales de llanto,
y previo el ofrecimiento
de volver el nido al árbol,
volvió Blás junto á sus padres,
después de haber apreciado

el daño de los demás
al mirar el propio daño;
y desde entónces los nidos
fueron por él respetados,
¡quitar hijos á sus padres!
sólo lo intenta un malvado.

CORONA DE LA INFANCIA

Continuación (1).

—Pues dame una cualquiera, la que te
parezca más hermosa.

—Toma, mamá; pero ¿qué haces con ella?

—Ya lo ves; ensuciarla con polvo y lodo:
tómala ahora.

—¡Ah! no la quiero ya; ¿no ves qué fea se
ha puesto?

—Tómala tú, Carlos.

—Yo tampoco: ¿para qué sirve? me llena-
ría las manos al tocarla.

—Tu hermana tiene la otra.

—La otra es diferente; yo también la qui-
siera; pero esa...

—¡Ya lo veis! una la despreciais y os agra-
da la otra; y sin embargo, rosas son las dos:
esto consiste solo en que la primera está
como debe, y súcio el cáliz y las hojas de
la otra. Aprended de esto, hijos míos, que
una misma persona puede tener apariencia
muy diferente, y ser querida ó desdeñada,
según se presente á nuestros ojos.

XI.

CONSECUENCIA DE UN DESCUIDO.

—¡Ay! me están esperando ya parairme,
y no sé dónde está mi cartera; ¿la has visto
tú, mamá?

—Sí, Carlos, mírala sobre aquella mesa.

—¿Y mis libros? ¿dónde los habré puesto?

—¿No están dentro de la cartera?

—No; y no sé dónde he de encontrarlos.

—¡Dios mío! ¿y mi dedal, mi alfiletero,
mis tijeras...?

—¿También tú, Luisa?

—Mamá; ya es tarde, y me van á reñir, y
no encuentro nada de lo que me hace falta,
ni sé dónde está mi sombrero, ni...

—¡Y el mío!

—Jesús, y con tanta prisa, ¿cómo vamos
á encontrarlos?

—Pero, hijos míos, ¿no sabéis acaso que
cada objeto debe tener su lugar señalado?

—Sí, pero...

(1) Véase la pág. 87.

—No corras de un lado para otro. Carlitos, que me impides que yo encuentre lo que busco, y me haces perder el tiempo.

—Pero, hermanamía, si es que yo voy á llegar tarde y perderé el premio que hoy iba á ganar; ayúdame á buscar mis libros por Dios.

—¿Y quién me ayuda á mí? ¡ah! ¡mamá!

—Toma, Luisita, toma tú también, Carlos: todo lo teneis aquí; pero ya veis las consecuencias que tiene la falta de cuidado, y sobre todo la falta de orden. Cuando volvieron del colegio su mamá les dijo: Cada cosa que os sirva, ponedla en un sitio fijo, y allí la encontrareis siempre que tengais necesidad de ella; esto evitará que perdais el tiempo inútilmente, y que vayais de un lado para otro fatigándoos sin necesidad y llegando tarde á todas partes. El orden facilita el trabajo, evita afanes y defenciones que muchas veces turban el ánimo, y predisponen el carácter á ser irascible y violento: tened cuidado con mis palabras, hijos míos; haced lo que ellas os aconsejan: por las tardes, al regresar del colegio, poned vuestros vestidos doblados y cepillados, juntos y ordenados, donde les halleis fijamente al siguiente día. Vuestros libros de estudio, vuestras labores y cuantos objetos necesiteis para ellos dejadlos también dentro de vuestras carteras, en sitio seguro, y así, á la hora de marchar á vuestra clase lo hareis sin precipitación, tranquilos y sosegados. Muchas veces las causas más pequeñas producen efectos gravísimos y de una funesta trascendencia, y si quereis convenceros de cuanto os digo, escuchad:

Había una familia pobre, muy pobre, compuesta de un matrimonio y de una niña buena, inteligente y aplicada; pero descuidada en extremo y falta de orden para conservar los pocos objetos y ropas que poseía. Admitida en clase de alumna en una de las escuelas gratuitas sostenidas por la caridad, hizo rápidos progresos, que unidos á su dulce carácter y á su bondad natural, la granjearon bien pronto el afecto de sus maestras y de sus protectoras. En distintas ocasiones, y merced al brillo con que había hecho sus exámenes, había recibido algunos premios consistentes en libros, estampas y algunas prendas de ropa, de las que á la verdad estaba bien necesitada. Llegó

la Pascua y con ella un premio extraordinario, que una señora rica y caritativa ofreció á la niña más aplicada y más laboriosa: este premio consistía en una cantidad corta, pero de gran valor, si se atiende á la pobreza de las alumnas que debían aspirar á ella. El corazón de María, que así se llamaba la niña, había latido con violencia, al pensar que trabajando mucho podía ganar aquella suma y socorrer con ella á sus padres, y particularmente á su madre, que se hallaba muy enferma entonces. María estudió con ahínco: pasó muchas noches con sus libros en la mano, y todo hacía esperar que los cien reales ofrecidos serían para ella.

La pobre niña había comunicado sus esperanzas á los autores de sus días, y estos aguardaban casi con seguridad aquel socorro, que el cielo les iba á ofrecer por conducto de su hija. Mil planes habían echado ya para en caso de que María obtuviera el premio. Lo primero sería pagar dos meses que debían del alquiler de su pequeña vivienda; lo segundo comprar una medicina para la madre, con lo cual aseguraba el médico que se salvaría de la muerte.

Llegó el día fijado para el exámen. María sabía perfectamente sus lecciones todas: los mismos directores estaban seguros de que ninguna respondería con más acierto á las preguntas que la hiciesen.

(Se continuará.)

ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ.

SECCION DE LABORES

FLORES ARTIFICIALES.

Tercer modelo.—**Margaritas.**

Córtense nueve pétalos: como el modelo *A* tres, otros tantos del *B*, é igual número del *C*, siendo de papel verde uno de cada tres.

Por las líneas que marcan las hojas pánzanse las pinzas, inclinando la forma hácia abajo, y péganse despues con goma alrededor de un corazón, cuyo tallo las atraviese por el centro. El orden de colocación es el modelo *A*, debajo el *B* y luego el *C*.

CHARADA

Prima se forma con fuego,
prima y *segunda* con años,
segunda y *tercia* en los niños
el carácter encontramos.

No hay *tercia* sin haber agua;
el *todo* en sitio muy alto
lo suelen tener los pueblos
para fin muy bueno y santo.

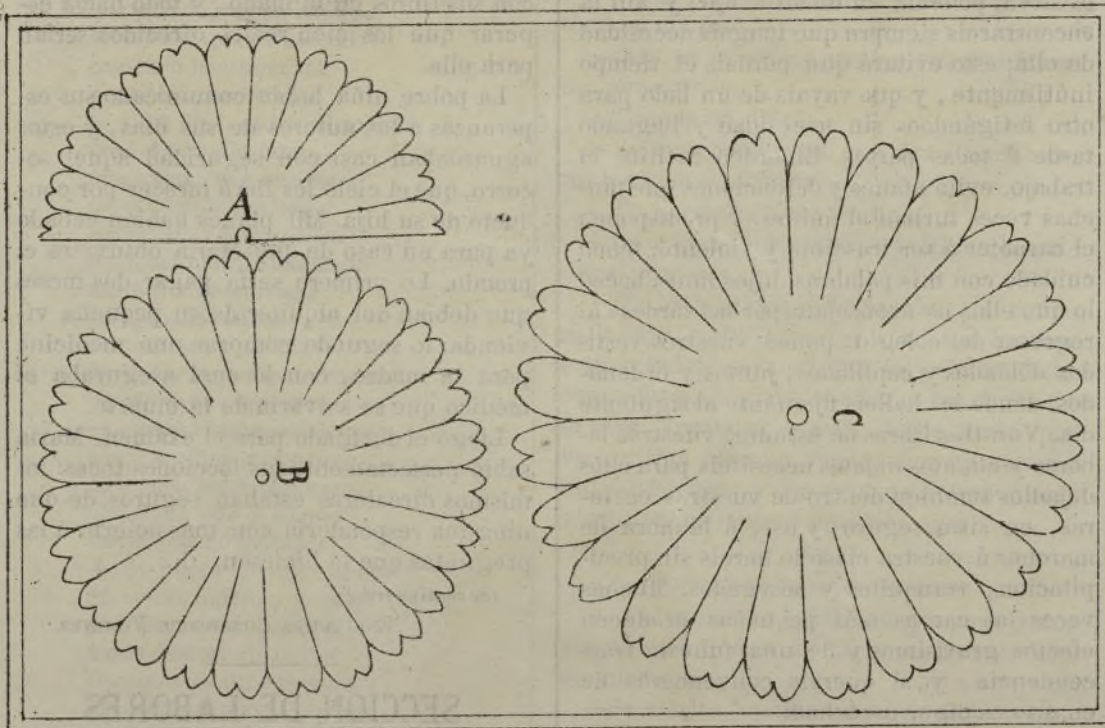
(La solución en el próximo número.)

El Sr. D. Manuel Perez Serrano nos ha remi-

tido las siguientes soluciones al problema y charada del núm. 58, no habiéndolas insertado en el número anterior por hallarse en prensa cuando las recibimos. Dicen así:

Quince conejos cogió
el muchacho, nada más;
los ocho que al guarda dió,
mitad son y medio más.

Cuatro le dió á la mujer,
mitad más medio de siete;
quedaron en su poder
sólo tres, y el mozalvete:
Al hijo, dos le entregó,



Flores artificiales.—Tercer modelo: Margaritas.

mitad más medio de tres,
y él con uno se quedó:
resuelto el *Problema* es.

Girando en torno del sol
el *todo* envuelve á la tierra;
en mitología es Dios,
y llamado: de la guerra.

Sin agua no habría *mar*,
da la tierra *té* sin arte,
y en el cielo se ve á *Marte*
planeta de roja faz.

En ese torbellino

de ignotas maravillas,
podrás hallar á Marte
al Sur de las Cabrillas.

En dos años volteando
con rápida carrera,
al sol circunvalando
corre su órbita entera.

Solución de la charada inserta en el número anterior:

MISAL.

Madrid: Imprenta y Litografía de N. Gonzalez, Silva, 12.